

***El neoliberalismo y la ética del más fuerte* de Hugo Biagini y Diego Fernández Peychaux, prólogo de Eduardo Rinesi y postfacio de Jorge Vergara Estévez, Octubre Editorial, Buenos Aires, 2014.**

Juan Antonio Fernández Manzano  
Universidad Complutense de Madrid

Hugo Biagini, investigador principal del CONICET y de la Academia de Ciencias y Director del Centro de Investigaciones de la Universidad de Lanús y Diego Fernández Peychaux, investigador del CONICET y de la UCM unen sus plumas y su pensamiento crítico para presentar un trabajo conjunto, provocador y polémico en el que hacen aflorar las argumentaciones que el pensamiento neoliberal dominante emplea para justificar sus políticas.

El libro ahonda en el término *neoliberalismo*, feliz neologismo que Biagini ya presentara en su libro *Identidad argentina y compromiso latinoamericano* (2009). Un concepto ideado con el ánimo de despejar las brumas que enmascaran una mitología conservadora en cuya base se encuentra la idea de que el egoísmo individual en un entorno de mutua competencia puede conducir de forma espontánea al bien común. Siguiendo esta premisa, la mejor manera de proteger los intereses públicos parecería consistir en el desmantelamiento del Estado social, la devastación del patrimonio colectivo y la reducción del espacio público.

Los autores amplían y desarrollan lo que ellos mismos califican como un "término de combate" del que se valen para impugnar muchas de las ideas y valores de referencia acríticamente ensalzados como la competencia, el consumo y la eficiencia productiva.

El concepto neoliberalismo es válido para cuestionar tanto la ideología como su principal efecto: la producción de una subjetividad enfermiza concordante con dicha ideología. En efecto, el liberalismo produce sujetos con necesidades que retroalimentan los intereses del sistema. La creación de la subjetividad neoliberal no sería posible sin una mística progresista de mejoramiento continuo en la que el individualismo es entendido como la palanca del bienestar y la fuente del derecho y de la ética (p. 138). Una ideología transversal que se instala incluso entre sectores desfavorecidos, que quedan persuadidos de que es necesario proteger un sistema que, bajo el paraguas del mérito, esconde en realidad una estructura abiertamente clasista que solo favorece a los más poderosos.

El libro se estructura en tres partes. En la primera sección se especifica la novedad del neoliberalismo con respecto a sus variantes anteriores. Se introducen el concepto de capital humano y el modo en el que esta noción legitima la mercantilización de la democracia y la conversión de las corporaciones económicas en agentes morales (p. 41). A pesar de la multiplicidad de rasgos del liberalismo, el individualismo egoísta posesivo que entiende a los individuos como dueños y responsables de sí mismos sin necesidad de ayuda externa, podría señalarse, a juicio de los autores como el factor común. Así entendido, el humano es un empresario de sí mismo, calculador racional, consumidor y soberano en sus decisiones, lo que le proporciona una falsa apariencia de poder. La sociedad, a su vez, es presentada como una red de relaciones mercantiles. Todo un estrechamiento, en clave mercantilista, de individuos y sociedad, en el que la lógica de búsqueda de rendimientos coloniza el espacio social y el análisis económico sirve para captar toda actividad humana (p. 61).

Con estas bases, es el enfrentamiento y no la sociabilidad lo que caracterizan a lo social. La noción de comunidad queda extirpada y lo político, reducido a su mínima expresión, tendría como objeto prioritario la preservación de los bienes de los poseedores.

Hasta el centro de gravedad del pensamiento político se desplaza. El problema ya no es cómo fundamentar y legitimar la soberanía y el poder del pueblo, sino cómo limitar su ejercicio: el Estado

es visto no como el potencial garante de las libertades de los ciudadanos, sino como un fagocitador de libertades (p. 68). El concepto de libertad negativa sirve para eliminar todos los obstáculos a la libre elección individual. Queda tan solo la libertad de los individuos para comprar, vender y venderse en el mercado. Con ese concepto de libertad, basta y sobra con un estado mínimo, por completo ajeno a los bienes colectivos, entre cuyos fines no se incluye la posibilidad de redistribuir la riqueza o aminorar las desigualdades. Emplear a las instituciones políticas, aun cuando sean democráticas, para actuar sobre las libertades de mercado es, a juicio del pensamiento neoliberal, un primer paso hacia regímenes autoritarios (p. 76).

Si para el pensamiento neoliberal menguar el estado es sinónimo de aumentar la libertad, del mismo modo, impedir que la soberanía popular llegue a afectar al mercado es democracia. En este sentido los autores hace una más que pertinente referencia al artículo 135 de la Constitución española, aprobado en 2011, que fija los límites del déficit estructural y de volumen de deuda pública que supone un compromiso de sometimiento explícito del estado a las directrices de los mercados.

La paradoja de este tipo de concepciones de la libertad, nos advierten los autores, se encuentra en que cuanto más se intentan proteger la libertades individuales separándolas del poder del Estado, más crece el sistema de expulsión y de explotación y más desprotegidos se encuentran los individuos ante las asimetrías de poder. "Considerar a la libertad como el único fin de la vida humana supondría agigantar su significado hasta hacerlo desaparecer por completo" (p. 70). La ausencia de frenos, como acertadamente señalan los autores, impide el único ejercicio posible de la libertad: la civil y la moral. Naturalizar la libertad minimizando el espacio de lo político equivale a desproteger a aquellos sin fuerza para salvaguardarlas con sus propios medios. La libertad de los lobos es la muerte de los corderos.

En la segunda parte, titulada *el egoísmo virtuoso*, se nos presenta un interesante repaso a la matriz elitista y anti-igualitarista presente en buena parte de la tradición liberal, desde el diccionario filosófico de Voltaire, que remarca la necesidad de que las sociedades se dividan entre los ricos que mandan y los pobres que obedecen a autores como Ortega y Gasset, Benedetto Croce, Domingo F. Sarmiento, Mariano Martínez, Octavio Paz, Carlos Rangel o Mario Vargas Llosa, que igualmente perpetúan una filosofía social elitista que tiende más a mantener privilegios que eliminar abusos (p. 138). Un oportuno repaso a los prejuicios contra la clase pobre y el desprecio de las luchas obreras se contrasta con la presentación del excelso hombre competitivo, motor del cambio social.

El contrapunto al elitismo liberal viene con el análisis del republicanismo radical nuestroamericano de Juan Espinosa y Mariano Moreno, centrados en la defensa de la soberanía popular y la ética de la solidaridad. La impronta republicana parte de la máxima de que la soberanía legítima reside en el pueblo y se halla ligada a valores como la fraternidad, la equidad y el civismo. Luchar contra la concentración de la riqueza de las elites es parte de los elementos diferenciales del republicanismo.

Muy notable es la sección dedicada al pensamiento de Samuel Smiles, William G. Sumner y Ayn Rand, que confluyen en el endiosamiento de la iniciativa individual y privada y en el desplazamiento de la justicia distributiva, calificada de irracional e inmoral, reducida a una mera retribución de méritos personales, bajo la consigna de que ningún individuo debe nada ningún otro.

La tercera parte del libro, titulada *Neoliberalismo: abrazar la desventura*, muestra la producción de una servidumbre voluntaria que contribuye al proceso de despolitización general y convierte en inviables los proyectos emancipatorios alternativos.

La obra concluye con un valioso postfacio a cargo de Jorge Vergara Estévez, que nos presenta la mirada individualista y antihumanista de Friedrich von Hayek y su concepción de la ética, la libertad, la sociedad, el mercado y los derechos para mostrar la devastadora influencia de este pensamiento en la teoría política y jurídica chilena de finales del siglo XX, que destruyó buena parte de la cultura política precedente basada en la soberanía popular, la responsabilidad social y la solidaridad.

Muchos son los temas desarrollados y entrelazados en esta obra. La “ética gladiatoria” es sin duda uno de los más fecundos. Los autores presentan con detalle cómo la búsqueda moderna de la autonomía individual, lejos de concluir en ningún tipo de emancipación, concluye fatalmente con la instauración de lo que atinadamente califican como *ética gladiatoria*: un marco ideológico en el que los sujetos se muestran dispuestos a competir con los demás en el nuevo coliseo del mercado capitalista. La ética gladiatoria es el triunfo del rudo individualismo del hombre hecho a sí mismo, titánico y narcisista, propio de un espíritu robinsoniano en el que un carácter solitario e indómito es capaz no solo de controlarse a sí mismo, sino de doblegar todo lo que encuentra a su paso, tanto el medio natural como a quienes se cruzan en su camino. Este marco ético fetichiza el éxito: el gladiador es aquel que nos recuerda que la victoria final está al alcance de cualquiera que esté dispuesto a trabajar con suficiente perseverancia, a disciplinarse y a entablar combate con los demás. El sueño de un final victorioso atenúa los sufrimientos intermedios. .

El reverso de este modo de pensar es inevitable: la victoria de uno supone la derrota de otro. El bienestar es una meta individual que resulta no estar al alcance de todos. El derrotado, por tanto, no solo obtiene las desventajas de la derrota sino que además recibe una lección: en el marco del mercado y de la competencia, el fracaso ha de ser leído como una evidente falta de determinación, coraje o esfuerzo. El fracasado aprende, gracias al mantenimiento de las ficciones ideológicas del capitalismo, que el único responsable de la situación calamitosa es el sujeto mismo que la sufre. La constante apelación a la responsabilidad individual atormenta a las víctimas al recordarles que son ellas, en última instancia, las responsables de su propia miseria. Los perdedores, los desempleados, los indigentes y los marginales son merecedores de su posición social inferior porque en sus manos está revertir la situación, si reúnen el coraje para valerse por sus propios medios. Los excluidos, no importan si llegan a ser amplias capas de la población, son demonizados y la buena conciencia de la sociedad queda a buen resguardo; así la catástrofe resulta más digerible (p . 41)

Lo importante es que esta ideología insiste en ocultar que la libertad de mercado no conlleva un sistema de expulsión y explotación, sino que es más bien el Coliseo perfecto para la lucha por la supervivencia (p. 38). El mercado es el entorno justo y neutral que coloca a cada uno donde merece, bajo la idea de que cualquiera, valiéndose tan solo de su capacidad emprendedora y autointeresada, puede llegar a serlo todo, partiendo de la nada.

La ética gladiatoria es una fantasía ideológica que remite a una violencia inaugural de la sociedad y alimenta el antagonismo social (p. 30). La libertad neoliberal, instalada en la lógica combativa, se traduce en un continuo miedo al otro. Más que aprestarse a cooperar en proyectos de solidaridad mutua, los individuos deben mantenerse en un constante estado de guardia recelando del resto de sus congéneres. A fin de cuentas, el éxito del gladiador se resume en matar para poder vivir.

Desaparecido el concepto de bien común, queda una vida de espaldas a los demás en la que cuanto mayor sea el espíritu gladiatorio y feroz de los individuos, mayor es su docilidad con el sistema.

Un pensamiento que se apoya en las obras de autores neoliberales (von Mises, Hayek, Friedman...) algunos de los cuales no veían inconveniente en condenar a los regímenes políticos populistas que recurrían a los comicios electorales para elegir representantes al tiempo que justificaban a dictadores que buscaban un fin superior que justificaba sus políticas. A su juicio, las mayorías, tumultuosas e ignorantes, tienden hacia regímenes totalitarios (p . 82).

La conclusión del libro ratifica el diagnóstico de que el neoliberalismo es una ideología neodarwinista que crea una subjetividad enfermiza. La propuesta de los autores pasa por mostrar que es posible pensar lo político y lo social de otro modo. Singularmente, enarbolando la bandera de la solidaridad, ligada a la defensa de la cosa pública y el bien común frente a los intereses de las minorías, en el entendido de que son las sociedades y no los individuos aislados los capaces de garantizar el bienestar común.

Ello requiere defender la capacidad del Estado como instrumento fuerte en manos del pueblo capaz

de eliminar los privilegios y luchar contra la desigualdad. Pero este pensamiento se enfrenta a una larga tradición que apoya la lógica de que todo lo comunitario es equivalente a servidumbre y miseria y que todo lo que defiende al individuo aislado es sinónimo de libertad y bienestar. Una lógica cuya radical desconfianza del Estado lleva a abogar por su inhibición ante los enfrentamientos entre particulares, con lo que, indefectiblemente, estos se acaban resolviendo en favor de la parte con más poder.

Solo eliminando la mentalidad que defiende que el egoísmo y la lucha entre individuos gladiadores es el método para alcanzar fines comunes (p.24) se puede instaurar un modo de pensar republicano, libre del miedos mutuos, que haga que la soberanía recaiga en el pueblo como colectivo de modo que este sea el autor de su propio destino.

Derribar esa lógica es la tarea a la que nos convocan los autores y tal parece que hay motivos de esperanza en Nuestramérica y en Europa para la recuperación de la movilización colectiva en defensa de la soberanía popular y en contra del programa de recortes neoliberal. Tal vez la eterna juventud del liberalismo individualista y la subjetividad *neoliberal* de la que se nutre estén llegando a su fin.

En suma, la intuición que anima el texto es que la mejor manera de escribir recto no es hacerlo empleando renglones torcidos o manos invisibles. Buscar las vías para defender una vida en común sin miedo no puede pasar por defender las fuerzas que la desgarran. Los profesores Biagini y Fernández Peychaux acreditan que el espíritu posesivo del neoliberalismo, que entiende la sociedad como un agregado de entes singulares y libres que solo persiguen su propio interés, acaba por desgarrar el tejido comunitario y es abiertamente incompatible con la fragua de proyectos de libertad compartidos.